

# Universidad: índole, entronque de los saberes e interdisciplinariedad

Juan Fernando Sellés  
*Universidad de Navarra*

## Planteamiento

Como es sabido, el método de las ciencias positivas y de los oficios es el analítico, caracterizado por el estudio pormenorizado de una determinada parcela de realidades –especialmente las de índole cultural–, tomadas aisladamente respecto de las demás. Así, por ejemplo, se puede ser especialista en la talla de la madera y no saber nada de electricidad; se puede conocer en profundidad la fabricación de un tipo de plásticos y carecer de la mínima noción respecto de la fundición de metales. El método analítico da lugar a la especialización, porque estudia minuciosamente hasta el detalle un concreto ámbito de lo real prescindiendo de otros. Precisamente por hacer abstracción del resto, este método no es reunitivo o sistémico, sino aislante y esto progresivamente, porque cada vez se investiga con más ahínco una parte más reducida de realidad. Como este método se implantó en las ciencias modernas positivas (desde tiempos de Galileo y Newton y aún antes, en rigor, desde Ockham), e hizo fortuna en la modernidad, y como posteriormente (desde el s. XIX) no pocas ciencias humanas –derecho, historia, literatura, economía, etc.– e incluso filosóficas –sociología, psicología, antropología cultural, etc.– lo han adoptado como suyo, no es de extrañar que estas parcelas del saber ofrezcan una palmaria falta de vinculación con las otras.

Ya que tanto las ciencias experimentales como las humanas se trabajan sobre todo en la universidad, lo usual es que en esta sede se dé una pluralidad de especializaciones aisladas que inclina a llamar a la institución académica superior *pluridiversidad* en vez de *universidad*. La mayoría de estos centros académicos ni siquiera se plantean el tema de la ‘interdisciplinariedad’, es decir, que haya que poner en correlación unas disciplinas con otras, y cuál sea su engarce, si es que acaso lo tienen. En las escasas sedes en que este tema se suscita, no se sabe cómo resolverlo e implantarlo. De manera que si la clave de que una universidad lo sea se cifra en la interdisciplinariedad, los enemigos que ésta parece tener hoy

son el conceder preponderancia en todo saber al método analítico, y la consecuente y progresiva especialización.

En efecto, en las universidades actuales más destacadas se tiene como objetivos la internalización, con el consecuente bilingüismo, la implementación de dobles licenciaturas, de pluralidad de maestrías especializadas, la investigación experimental tecnificada, y la no menos especializada y sectorial investigación en humanidades. Pero en estas instituciones nadie se plantea que deban llegar a ser universidades, puesto que se da por supuesto que lo son, –seguramente debido a su reconocimiento social–. Sin embargo, tal vez esto sea –como se intentará mostrar– demasiado suponer.

### Requisitos para vincular las ciencias

Sólo se vincula lo distinto, porque, obviamente, lo que es unitario no requiere vinculación. Si se pregunta cómo vincular los diversos ámbitos del saber universitario, es porque se asume de entrada que éstos son realmente distintos. Ahora bien, las distinciones reales son siempre jerárquicas. En efecto, la igualdad no existe ni en la realidad ni entre los niveles cognoscitivos. La igualdad es exclusivamente mental y se da en ese nivel en el que se conoce un asunto por medio de un acto de pensar, y luego se vuelve a conocer el mismo asunto por medio de otro acto distinto. Ahora bien, como disponemos de un conocer (hábito adquirido) que permite conocer todos los actos que se encuadran bajo él, y este conocer es como la conciencia de la razón, este nivel noético es el que nos permite caer en la cuenta de que lo que pensó el primer acto es exactamente igual que lo que pensó el segundo acto. En rigor, no se trata de haber conocido dos asuntos realmente distintos, o dos ideas diferentes, sino que se trata de un mismo asunto que ha sido presentado dos veces por distintos actos de pensar, y que luego, al comparar lo que se ha pensado primero con lo que se ha pensado después, se nota que se trata de lo mismo.

Por tanto, si las ciencias son distintas según jerarquía (la dignidad de las personas no se mide por las ciencias que ejercen), para poner en correlación las diversas ciencias, habrá que estudiar el estatuto propio de cada una de ellas. Para este menester se requerirá indagar cuál es su objeto propio, es decir, su *tema*, y cuál es el carácter distintivo de su estudio, o sea, su método o nivel cognoscitivo propio. Pero no es usual que una ciencia especializada suela preguntarse acerca de cuál es su tema distintivo y cuál el *método* apropiado para investigarlo, sino el dar ambos por supuesto. En efecto, no es propio de la biología, por ejemplo, indagar qué sea la vida, o de la medicina qué sea la salud. Asimismo, la biología tampoco indaga cuál es el nivel noético mejor para estudiar la vida, ni la

medicina se ocupa de qué nivel noético sea el más correcto para averiguar qué sea la salud. Por tanto, habrá que fiar esta tarea a algún saber que sea capaz de llevar a cabo esa doble indagación *metódico-temática*. Asimismo, tampoco es cometido de las diversas ciencias vincularse con las demás o vincular a las otras. Por lo que también habrá de indagar qué ciencia es capaz de establecer un orden entre todas.

Lo propio de la unidad –se ha indicado– es que se lleva a cabo juntando lo diverso, y que las distinciones reales lo son siempre según jerarquía. Ahora bien, no es ordinario admitir que un saber sea superior o inferior a otro, tal vez porque no se ve la distinción jerárquica entre ellos, o no se desea verla, sino que, según el común y generalizado sentir, se recurre de ordinario a decir que son ‘simplemente distintos’ (permanente subterfugio de los ‘demócratas intelectuales’, al que cabría calificar de facilismo). En consecuencia, dado que esta opinión está muy extendida, difícilmente se podrá llegar a establecer cuáles son los vínculos unificantes de las diversas ciencias. En el fondo de la precedente actitud subyace el temor a descubrir las verdades tal como son, a saber, jerárquicas. Pero el temor es contrario a la audacia, y sin ésta no cabe progreso en el saber superior ni, por tanto, en la universidad.

Sólo un saber que desvele cuales son los distintos niveles cognoscitivos humanos y cuales son sus temas correspondientes puede llevar a cabo dicha unión tras la distinción, porque reparará que es el nivel noético superior el que vincula al inferior. Este saber es, en líneas generales, el filosófico. Ahora bien, ¿qué valor se le concede hoy a la filosofía en las universidades? En algunas ni existe, y en aquellas en las que se da, cabe dudar hasta de llamarla por ese nombre. Además, ¿acaso la filosofía que en ellas se trabaja –analítica, pragmática, segmentaria, deconstructiva, hermenéutica...– es susceptible de aunar ordenadamente los saberes humanos y experimentales que se investigan y enseñan en las diversas facultades? Añádase que la filosofía tampoco es un saber unitario en la actualidad, pues sus muchas escuelas irreconciliables y la pluralidad de matices dentro de cada una de ellas parece impedirlo.

Téngase también en cuenta que, al margen de la polémica entre escuelas filosóficas, si la filosofía atiende a los distintos niveles cognoscitivos, se puede denominar *teoría del conocimiento*; pero si estudia los distintos temas reales por tales niveles alcanzados, se abren diversas disciplinas filosóficas irreductibles: filosofía de la naturaleza, del lenguaje, de las matemáticas, la lógica, psicología, sociología, ética, metafísica, antropología... Adviértase asimismo que, si estas disciplinas son distintas, lo serán jerárquicamente entre sí. Pero ¿quién le dice hoy, por ejemplo, a un metafísico que la antropología que mira hacia la intimidad personal es superior a la metafísica y no una parte o aspecto de ella?, ¿o a un ético que

la metafísica es superior a su materia? Y en caso de que alguien se atreva a decírselo, de que el interpelado no se enfade por ello, y de que logre comprenderlo ¿cómo aunar las distintas disciplinas filosóficas?

Por último, si la filosofía es la ordenadora de las demás ciencias y ella está llamada a ordenar sus diversas disciplinas, ¿acaso ella es la ciencia superior?, ¿o hay que supeditarla a otro saber más excelso? Y si existe este saber, ¿será políticamente correcto hacerle ver a un filósofo la inferioridad de su saber respecto del principal? En este trabajo se intentará responder positiva y sucintamente estas cuestiones indicando que precisamente por eso la universidad empezó su andadura con la filosofía y su coronamiento con la teología, de las cuales nació de modo natural el estudio de otras materias (derecho, medicina...), y que la universidad entró en crisis de identidad –en la que parece seguir– cuando la filosofía y la teología dejaron de ocupar la cúspide de los saberes y renunciaron a arrojar luz sobre las restantes disciplinas.

### Las tres bases de nuestra sociedad

Las bases de nuestra sociedad son tres, que por orden de superior a inferior importancia son: la *familia*, la *universidad* y la *empresa*. Estos tres modos de vinculación humana se distinguen de otros tipos de asociación precisamente porque la relación entre sus miembros es de carácter unitivo. De esas tres la superior es la familia porque su vínculo es el amor personal, el engarce más excelso. La sociedad está en crisis porque la familia lo está. Por tanto, la falta de vinculación familiar provoca que la empresa carezca de unión entre sus componentes y que, consecuentemente, incurra en crisis. Tras la familia, la unión más fuerte debe ser la propia de la universidad, porque la vinculación entre sus integrantes corre a cargo de la verdad teórica, es decir, quienes conforman una universidad se vinculan para descubrir cada vez más verdad sin vuelta de hoja, y es claro que esa tarea difícilmente la puede llevar a cabo un solo investigador. En cambio, el nexo de la empresa es descubrir más verdades prácticas y ponerlas por obra, esto es, elaborar productos culturales que incrementen el bien común de la sociedad. Como también es claro, casi nadie elabora en solitario tales productos. Es sabido también que la teoría es siempre origen y fin de la práctica. Por eso, la universidad es superior a la empresa.

Si las dimensiones aludidas se distinguen según jerarquía, hay que subordinar las inferiores a las superiores. Por tanto, la empresa hay que ponerla al servicio de la universidad, porque los productos, las verdades prácticas, están en función de descubrir más teóricas. Sirve al respecto ese *leitmotiv* medieval que venía a decir: ‘resolvemos los problemas prácticos para que la contemplación no choque con inconvenientes’. A la par, la

universidad debe servir a la familia, pues las verdades teóricas deben subordinarse al amor personal, ya que éste es superior. En suma, los recursos de la empresa se deben poner al servicio de la universidad, y la universidad debe servir a la familia, porque ésta es la realidad superior existente, ya que la realidad más elevada –creada e increada– es la persona, y las personas son familia (no sólo las humanas, sino también las angélicas y las divinas). De manera que la empresa y la universidad que no tengan como punto de mira reforzar cada vez más el lazo familiar de las personas no acaban de notar su índole. Con todo, el tema de la familia, incluso de la propia de quienes la componen, no suele asomar en la universidad sino tangencialmente y por urbanidad.

### **Una adecuada comparación**

Se ha indicado que la unión familiar es superior a cualquier otro tipo de vinculación humana. Si esta tesis es acertada, se puede tomar a lo que verdaderamente conforma la familia (no a lo que hoy se suele llamar ‘familia’) como modelo de cualquier otro tipo de unión humana. Por tanto, si lo que preocupa en la universidad es la falta de *interdisciplinarietà*, la cual denota carencia de unión, se pueden comparar las diversas facultades de la universidad con los diversos miembros que conforman la familia, y a la ausencia de interdisciplinarietà con la falta de unión de los miembros de la familia.

Se puede aceptar que la teología hace en la institución universitaria el papel de padre, la filosofía hace el de madre, y las demás facultades el de hijos. El cabeza de familia es el padre. La teología tiene carácter culminar en la universidad porque el tema superior a investigar es Dios, y éste es el distintivo de la teología. También su método es distintivo: el conocer que permite la fe sobrenatural que indaga en la revelación, método que, por su índole, es superior a los naturales y, por ende, compromete enteramente al investigador. Por su parte, la filosofía, como buena esposa, conviene que sea fiel a su esposo, y como buena madre es conveniente que ejerza bien el carácter medial y vinculante entre los hijos y el padre. Es claro que no cabe teología sin filosofía, ni verdadera filosofía sin teología, como no cabe un matrimonio sin esposo esposa. Con todo, no es bueno que el matrimonio carezca de hijos. Por tanto, no es beneficioso que una universidad sólo disponga de las facultades de teología y filosofía, como se advirtió experiencialmente en el inicio de su andadura. Ahora bien, lo peor que le puede pasar a los hijos es carecer de padres, porque difícilmente advertirán lo les caracteriza nuclearmente a cada uno de ellos, a saber, su filiación. Por eso, es muy bueno que una universidad disponga de una facultad de teología y otra de filosofía y que éstas ejerzan su tarea paterna y materna (no paternalista o maternalista) sobre el resto.

También es pertinente tener en cuenta que los hijos son un don, las verdades más nuevas y superiores; por tanto, es ventajoso que una universidad tenga muchas otras facultades. Ahora bien, no hay dos hijos iguales, y la distinción forzosa entre ellos es que uno es mayor y otro menor. Si la edad comporta cierta dignidad, no conviene que todas las facultades universitarias tengan la misma relevancia. ¿Acaso son primeras en una universidad las facultades que primero se han fundado? No necesariamente. Así como los hijos mayores son los que están más unidos a la mente de los padres, así las facultades universitarias superiores serán aquellas cuyas materias sean más cercanas a la teología y a la filosofía. Las humanidades son de este cariz. Pero, a pesar de las afinidades entre ellas, los departamentos de humanidades no son gemelos, trillizos..., de modo que uno será superior a otro.

Por su parte, los hijos menores son más lejanos a la mentalidad de los padres, y precisamente por eso conviene que los padres se preocupen más de cuidar y otorgar el aire de familia a los pequeños. Esto indica que las ciencias experimentales son más lejanas a la teología y a la filosofía, y por ende, que estos dos saberes superiores deberán estar más atentos a que esas disciplinas menores no vayan por libre hacia peligros ciertos para su integridad física, moral o personal, y asimismo, contra la unidad familiar. Con todo, es propio de los padres respetar la libertad de sus hijos. De manera que si en la mayoría de edad, alguno de los hijos quiere romper con la familia y pretende vivir por libre de modo independiente, se puede respetar su empeño en la medida de lo posible, pero estando siempre abierto a que reviva el papel de hijo pródigo. Tampoco todas las ciencias experimentales son iguales entre sí y están en el mismo plano, sino que unas son superiores a otras. Por tanto, será bueno que las menores sirvan a las superiores, y que el papel de las superiores sea el de favorecer, ayudar, proteger, a las inferiores, como los hermanos mayores a los menores. Por tanto, no parece pertinente que las superiores reivindiquen su superioridad o protagonismo tan sólo porque sí, como el hijo mayor de la parábola evangélica, es decir, sin afán de servicio a las inferiores.

De modo parejo a como lo peor que le puede pasar a una familia es que el padre abandone a su familia, lo pésimo en una universidad es la carencia de teología, pues esta institución se queda sin fin al que orientar su rumbo. A la par, si el padre está presente en la familia, puede des-empañarse como tal, pero también puede desentenderse de su menester paterno. Esto segundo es deplorable, pues pasa de ser padre a una especie abuelo bonachón. Pero si el padre no se desentiende de su cometido y actúa bastante, aunque mal, más que en un buen padre se convierte en un padrastro que se comporta caprichosa y tiránicamente. Por eso no conviene que los teólogos pequen por defecto de celo y se vuelvan como

abuelos, ni que tampoco pequen por exceso de autoridad, de dominio, y se asemejen a padrastros dictatoriales. En consecuencia, no es conveniente que las diversas facultades universitarias estén desasistidas de las materias básicas de teología. Ahora bien, como la pieza clave en la universidad no son los alumnos, sino los profesores, se toma el rábano por las hojas cuando se imparten las materias teológicas a los alumnos quedando los diversos profesores ajenos a la formación en ellas. Desde luego que estos pueden tomar la iniciativa para formarse por su cuenta, pero está de más que reciban ayuda, de modo parejo a como no está de más que los padres den consejos a los hijos mayores. Por otra parte, el padre puede comportarse bien como padre, pero mal como esposo, y esto equivale en la universidad a que los teólogos prescindan de los servicios de los filósofos. ¡Cuánto mejoraría, por ejemplo, la exposición del contenido de la fe sobrenatural de tener en cuenta los recientes hallazgos de la antropología de la intimidad!

De modo parejo, en la familia, la madre puede desentenderse de su papel de esposa. No pocas esposas, durante periodos críticos de su vida, tienden lamentablemente a servirse más a sí mismas que a sus esposos y a sus hijos, lo cual fomenta su caprichosa vanidad. Eso se percibe porque están todo el día hablando de sí y de sus gustos, es decir, conjugando los pronombres personales. De modo semejante, y como es sabido, buena parte de las escuelas filosóficas al uso no están abiertas a la teología (natural y sobrenatural), y tampoco a los descubrimientos de las ciencias, sino que están mucho más pendientes de sí mismas. En efecto, sus filósofos buscan más su prestigio académico o su fama social que el servicio que pueden prestar al tema más alto, en rigor, a Dios, el cual –al menos tratado con rigor– ni aparece en sus obras ni en sus enseñanzas, pues dados los vientos que soplan, que no son precisamente tenues y placidas brisas, es políticamente muy incorrecto (al menos en Europa) aludir, incluso indirecta o simbólicamente, a dicho tema. Es más, muchos de estos autores ven con malos ojos que sus colegas traten de él, actitud que sancionan, persiguen, ridiculizan. En esta tesitura, la filosofía queda viuda, es decir, sin orientación. Y cuando ésta no se comprende como *'ancilla theologiae'* fácilmente pasa a deambular en solitario sin saber a dónde ir, o a formar pareja de hecho con el primer postor, por ejemplo, la retórica, la literatura, la política...

Es usual que el padre y la madre estén pendientes, eduquen y ayuden a sus hijos. De manera similar, debería ser ordinario que los teólogos y filósofos informaran con su saber las demás facultades, tanto las humanísticas como las de ciencias. Conviene asimismo que su tarea no se dirija sólo a los alumnos, pues ya se ha indicado que en una universidad los empresarios son los profesores, y éstos son los primeros que deben ser los

beneficiarios de dicha formación. Por eso, es pertinente que los teólogos y filósofos se sepan hacer amigos de sus colegas en la facultad en la que trabajan, para que les puedan infundir, en la medida de lo posible, su saber. Tal vez esta tarea la lleven a cabo mejor los teólogos y filósofos que tengan una buena formación de base en la facultad en la que desempeñan su tarea, es decir, los que o bien previamente hayan sido médicos, abogados, economistas..., o bien quienes aprendan progresiva y paulatinamente las claves de esos saberes. Pero como manejarse con corrección en los contenidos de fondo de una facultad es tarea que no se improvisa, no conviene que estos profesores sean tratados como almohadillas de quita y pon por parte de los directivos, sino que es preferible que permanezcan durante tiempo en la misma facultad, si es que ésta obedece a su perfil, haciéndose cargo de su mentalidad, contenidos y métodos, y que estudien e impartan con regularidad la misma materia, no la que apetece el cambiante capricho de ciertos alumnos.

En efecto, las autoridades académicas que parecen más preocupadas de sus alumnos que de sus profesores, se preocupan más de contentar a los chicos que de formarles, es decir, de que se lo pasen bien, estén a gusto en el centro, de que continúen pagando sus matrículas, etc. Tal vez esto les suceda a los directivos porque han aceptado más o menos inconscientemente aquello de que 'quien paga manda', o tal vez aquello otro de que en la universidad los cambios de profesores y de materias se deben regir por la 'ley de la oferta y la demanda'. Y como quienes piden son los alumnos, parece que los profesores deberán ajustar su oferta a la demanda del alumnado. Pero ¿qué podrán pedir los alumnos -máxime de primeros cursos- si todavía no saben que es lo que hay que pedir, puesto que desconocen el contenido de lo descubierto durante décadas por los profesores y, asimismo, ignoran el saber acumulado durante centurias? La falta de ajuste es notorio.

Con todo, se suele hacer más caso a los alumnos que más ruido hacen (que no suelen ser los mejores estudiantes) que a los profesores, de modo que lo bueno acaba siendo lo que a tal chica/o 'gusta'. De seguir este rumbo, si la verdad no disciplina a los alumnos, difícilmente podrán defenderla en la sociedad. Está muy bien que en una asignatura los alumnos se lo pasen muy bien, pero si tras el curso recuerdan más el haberlo pasado bien que los contenidos de fondo de la materia (si es que los ha habido), algo no ajusta... Por lo demás, un directivo que, buscando tener contento al alumnado, destituye o acusa al recto Profesor parece comportarse como Pilatos, que queriendo contentar al pueblo para que éste no complique la vida al gobernante, entregó al sufrimiento y a la muerte a la Verdad. Es claro que a ambos personajes les gusta más la política que la verdad. A uno, la social, a otro, la universitaria. ¿No es paradójico que

siendo la verdad el fin de la Universidad se esté convirtiendo en el sitio donde a veces no se pueda decir, donde haya que andarse con demasiada cautela con ella? En algunas situaciones la verdad está tan denostada en la sede universitaria que lleva a recordar aquello de San Pablo: "*Ergo inimicus vobis factus sum, verum dicens vobis*" (Gal., IV, 16).

Por otro lado, la falta de fraternidad en una familia siempre es consecuencia de la falta de filiación, pues la fraternidad es siempre segunda respecto de la filiación. Si lo que preocupa en la universidad es la interdisciplinarietà, hay que advertir que ésta, en una familia, equivale a carencia de fraternidad, y que esta lacra debe ser debida a la ausencia de filiación filosófica y teológica, porque, como ya se ha indicado, las diversas ciencias no se pueden ordenar entre sí, sino que dicho cometido es fundamentalmente de la filosofía abierta a la teología. Con tal carencia, a las diversas 'ramas' del saber que se van especializando paulatinamente apenas llegará la savia de la raíz (teología) que pasa por el tronco (filosofía) y, cuando se agosten, expuestas a los vientos que soplan, es posible que caigan abatidas. Como se advierte, la falta de raíz y entroncamiento es más perniciosa para las propias ciencias especializadas que para las fundamentales. Si decir esto hoy suena a 'radical', no se olvide que tal término deriva de 'raíz', y que sin ella no hay árbol del saber que se mantenga en pie. Conviene asimismo observar que los árboles que se yerguen más altos son los que más hunden sus raíces en las profundidades de la tierra.

Por su parte, –como se ha adelantado– de modo semejante como el ama de casa tiene dos misiones, la sponsalicia y la materna, también la filosofía debe tener fundamentalmente dos miradas: la que versa sobre la teología y la que atiende a los demás saberes, los cuales son inferiores a ambas. Su trabajo es, pues, ímprobo. En el primer caso la filosofía debe desarrollar dos disciplinas, una inferior: la metafísica (en especial, esa parte suya denominada *teología natural*); y otra superior, la antropología que mira a la intimidad personal (*antropología trascendental*), pues con ésta se abre al Dios personal y, en esta medida, sus vínculos con la teología sobrenatural son muy estrechos. Por otra parte, la vertiente de la filosofía que se abre a los demás saberes que son inferiores a ella es la *ética*, sencillamente porque sólo esta disciplina puede decir lo que está objetivamente bien o mal, correcto e incorrecto, en cada área de las ciencias de acuerdo con la naturaleza humana. Por tanto, es conveniente que en cada facultad o departamento de la universidad se implementen al menos esas dos disciplinas –antropología y ética–, y que corran a cargo de profesores de filosofía. Como también se advertirá, los peores enemigos de estas disciplinas son, por una parte, el relativismo antropológico y, por otra, en el relativismo ético.

Por otra parte, enseñar las materias de *Antropología* o *Ética* en la Universidad, tal como estas asignaturas están planteadas, es excesivo desgaste personal del profesor que las imparte comparado con lo poco que se recoge: excesiva siembra para tan escasa cosecha. Además, la planta está expuesta en exceso a las inclemencias del tiempo, pues no son consideradas como materias fundamentales, sino como accesorias. En efecto, con esta mentalidad es normal que las protejan menos las autoridades de las respectivas facultades, y que sus profesores las tengan en menos que a las demás asignaturas. Con este ejemplo, ¿qué concepción de ellas podrán tener los alumnos, los cuales oyen hablar de ellas por primera vez en su azarosa vida?

En la universidad no caben escuelas filosóficas. No debe haber tales escuelas, porque no es cuestión de seguir patrones, sino de seguir la verdad. Precisamente por eso la actitud de búsqueda de la verdad no favorece, porque es escaso el número de los que la buscan por encima de sus intereses, pero ¿acaso no favorece a la verdad? Hay diversidad de filosofías, pero eso no debe llevar a escoger la que se apetezca, pues la filosofía no consiste en escoger entre diversas opciones, sino, sobre todo, en dos cosas: a) en descubrir verdades que no admiten 'vuelta de hoja', de modo que con ellas se pueda dar razón de los errores que se dan en cualquier corriente de pensamiento, y b) en buscar de entre las verdades que admiten un más y un menos las que son más. En rigor, se trata de la clásica distinción entre las llamadas *razón teórica y práctica*, teniendo en cuenta que la primera es condición de posibilidad y fin de la segunda, y que la distinción entre las verosimilitudes que busca la segunda es siempre jerárquica. Lo propio del filósofo no es elegir, sino descubrir la verdad y dar razón del error. Por lo demás, filosofar, más que en opinar, reside en descubrir.

### **Sin necesidad de comparar**

La única manera de poner orden jerárquico a las diversas ciencias es elaborando una rigurosa y exhaustiva *teoría del conocimiento*, pues sólo este saber descubre cuales son los distintos niveles jerárquicos del conocimiento humano los cuales permiten ejercer y desarrollar las diversas ciencias. Pero esta tesis es bastante difícil que la acepten no sólo los profesores universitarios que no forman parte de la Facultad de Filosofía, sino seguramente por parte quienes a ella pertenecen. De modo que la solución al problema que nos planteamos es de largo recorrido. En efecto, si –como se decía antiguamente– lo que es el alma al cuerpo eso es el filósofo respecto de la universidad, el buen estado de salud vital universitaria va para largo.

Pero la dificultad no radica sólo entre los filósofos, sino especialmente en quienes de entre ellos se ocupan de la teoría del conocimiento. En efecto, son usualmente los mismos profesores que imparten dicha materia quienes no reparan en la tesis precedente, porque la teoría del conocimiento al uso es reductiva, de muy corto alcance. Por decirlo con una metáfora: los distintos niveles del conocimiento humano tienen tantos tramos como un rascacielos. Pero los teóricos del conocimiento que deben estudiar la distinción jerárquica entre dichas alturas y advertir lo que desde ellas se vislumbra, no suelen llevar a cabo su cometido, pues desde el s. XIV su tendencia es a quedarse placentemente en el primer piso, en el que se encuentran, por así decir, con un gran supermercado de teorías de bajo precio e incompatibles entre sí; y dada la perplejidad que esta pluralidad indiferenciada acarrea a muchos, pasan rápidamente a la cafetería ínsita en la misma planta del mall, es decir, lejos de intentar solucionar el problema por elevación lo suelen relegar o evadir. En efecto, si bien se mira, la teoría del conocimiento es la cenicienta de la filosofía desde dicha centuria, y la falta de ello no radica ni en los académicos de las demás facultades universitarias, ni siquiera en los demás miembros de la Facultad de Filosofía, sino, sobre todo, en quienes han sido titulares de esa asignatura y la han rebajado en buena medida.

Tal vez el lector se pregunte si la tesis precedente acerca del carácter ordenador de la filosofía pretende reiterar la tesis platónica que otorgaba el gobierno de la *polis* a los filósofos. La respuesta es que, de ser verdaderamente filósofo, a uno le vendría bien ordenar los demás saberes universitarios, pero si en la universidad gobiernan ‘filósofos’ que dirigen más con su voluntad o sus preferencias que con una teoría del conocimiento axiomática y no reductiva, en esta tesitura tales ‘filósofos’ están más proclives a cometer errores voluntaristas que repercutan en exceso en la paz académica y personal del claustro. ¿Cómo evitar esa lacra? La mejor manera de ponerse a la altura del gobierno universitario es, aunque uno no lo sea de oficio, devenir progresivamente filósofo. ¡Nada mejor para desenmascarar si uno es o no filósofo que ponerle entre la verdad y la pared! Así, como antaño el profeta era, entre tantos zalameros, el único que se atrevía a decirle al rey la verdad, aún a costa de sí mismo, así el verdadero filósofo universitario debe decir hoy la verdad a las autoridades académicas, a pesar de su propio futuro.

Juan Pablo II escribió al respecto: “deseo expresar firmemente la convicción de que el hombre es capaz de llegar a una *visión unitaria del saber*. Éste es uno de los cometidos que el pensamiento cristiano deberá afrontar a lo largo del próximo milenio de la era cristiana. El aspecto sectorial del saber, en la medida en que comporta un acercamiento parcial a la verdad con la consiguiente fragmentación del sentido, *impide la unidad*

*interior del hombre contemporáneo*” (*Fides et ratio*, nº 85). En consecuencia, se puede tener la convicción de que el filósofo que piensa de modo contrario, o no acaba de ser filósofo, o lleva una doble vida. En la medida en que una disciplina es más práctica, más abocada al ejercicio de la casuística (derecho, medicina, dirección de empresas, etc.) menos teórica o sapiencial es y, consecuentemente, menos universitaria, porque es más *verdad* lo universal y necesario que lo particular y contingente, asunto propio de la *verosimilitud*. Por eso, una universidad que pone la práctica del derecho, medicina, etc., por delante y por encima de las verdades teóricas base, parece segar la hierba bajo sus pies.

### Teoría del conocimiento y universidad

La creciente especialización de las ciencias impide la integración epistemológica, si es que ésta se intenta llevar a cabo. Pero si ésta no se pretende, o no se sabe cómo lograrla, la desunión está servida. Ahora bien, sin una teoría del conocimiento completa la integración universitaria no pasa de mero *'desiderata'*. Si dice verdad el viejo adagio *'sapientis est ordinare'*, buena parte de ese saber pasará por advertir qué ciencias son superiores y cuáles inferiores, asunto que sólo se puede conocer atendiendo al *método* y *tema* específicos de cada una u comparándolos con los de las demás. Esta tarea se reserva a quien desvela cómo es el conocer humano en sus diversos niveles y cuáles son sus respectivos temas. Una ventaja de la teoría del conocimiento es que su saber es axiomático, es decir, que los niveles del conocimiento humano son los que son, ni más ni menos, y actúan como actúan, es decir, conocen lo que conocen, no lo que a uno le gustaría que conociesen. Además, la distinción entre ellos es jerárquica, es decir, el superior conoce más que el inferior y precisamente aquello que no puede conocer el inferior. O se advierten los distintos niveles noéticos humanos o se ignoran, pero no cabe manipularlos para que lo propio de uno sea conocido por el de otro: no se pueden ver colores con el oído, y es claro que con la vista se conoce más que con el oído (la gente suele preferir TV a radio...).

Ninguna ciencia –teórica o práctica– es tal sin tema. El tema es su fin, pero ninguna ciencia es fin en sí, sino que todas ellas remiten a un fin. De modo que la clave de su ordenación pasa por subordinar los fines menores a los superiores. Las ciencias positivas sin ponerse al servicio del hombre se deshumanizan. Las ciencias humanas, sin servir a la intimidad personal se despersonalizan. Quien debe llevar a cabo esa subordinación es la filosofía. “Las ciencias –escribe Polo–, desvinculadas de la filosofía a partir de Galileo, contienen muchos conocimientos sobre el hombre, pero si se las deja solas, se deshumanizan: pierden su propio significado, el

cual depende por completo de su entronque con el sentido de la existencia humana. Por eso, hace falta sostener el ideal de interdisciplinarietà” (*Sobre la existencia cristiana*, 238). Ahora bien, la interdisciplinarietà pasa por vincular los descubrimientos particulares de cada ciencia con verdades más altas y, en definitiva, con las últimas. Como a tales verdades sólo accede humanamente la teoría del conocimiento en sus niveles superiores, es tarea de ésta disciplina filosófica establecer la vinculación entre las diversas ciencias. En efecto, como saber qué nivel ocupan los respectivos descubrimientos de las ciencias dentro del orden jerárquico de lo real sólo pertenece a esta materia filosófica, sólo a ella corresponde poner orden a los diversos hallazgos científicos.

La sociedad moderna es enormemente compleja. Los problemas que afectan a sus bases (familia, universidad empresa), están penetrados hasta la saturación de dicha complejidad. Solucionar esas complicaciones es tarea que desborda a las diversas ciencias particulares, pues cuando éstas se enfrentan a tales problemas suelen sostener que se trata de algo así como de un ‘ruido blanco’, es decir, que se está ante asuntos a los que no se les ve ligazón, sino particularidades y puntos de vista irreconciliables, inaudables. No puede ser de otro modo porque cada ciencia particular enfoca las cosas desde su particular nivel noético, desde el cual se ve sólo una franja muy concreta de temas reales con exclusión del resto. Por el contrario, la teoría del conocimiento no es parcial en el estudio de los diversos niveles de conocimiento humano, sino que debe abordarlos todos, esclareciendo cuales son los temas respectivos de cada uno de ellos. Por eso, esta disciplina puede ordenar a las diversas ciencias y a sus temas descubiertos.

Si la teoría del conocimiento no tiende a integrar los saberes, tal vez cuando se trate de poner de acuerdo a varios investigadores de diversas ciencias se intentará recurrir a los votos, es decir, al muestreo de opiniones, su procesamiento estadístico, y consecuente recuento para sostener que debe implantarse lo que opine la mayoría. Lo que hay en el fondo de esta sustitución de la teoría del conocimiento por la estadística no es sólo una generalizada ignorancia respecto de los diversos niveles del conocer humano, sino la sustitución de la verdad por las decisiones voluntarias; es decir, en vez de solucionar un problema teórico en sus propios términos, se procede a cortar las alas del conocer y a otorgar el protagonismo a la voluntad, para que ésta se pronuncie sobre unos temas que no son su objeto propio. Ya se ha indicado que si bien la filosofía hoy no goza de buena salud, la teoría del conocimiento (no reductiva o capaz de hacerse cargo del problema) está famélica y raquíca. En esta tesitura, fomentar la interdisciplinarietà en las universidades no constituirá sino un asunto problemático.

Los directivos universitarios, que no se defienden demasiado en filosofía y que de la teoría del conocimiento apenas conocen su nombre, tienden alguna vez a recurrir a la *sociología* para conocer cuáles son las tendencias actuales de la humanidad, y emplazar a la universidad en sintonía con ellas. Sin embargo, la sociología, tal como de ordinario se trabaja, suele declarar el *qué*, pero no el *por qué* de los hechos sociales; tampoco si éstos son buenos o malos, es decir, éticos o contrarios a la ética; y en menor medida tampoco aflora en sus estudios el *para qué*, es decir, la finalidad antropológica de los hechos, o sea, su mayor o menor congruencia con la índole de la persona humana y su fin. Algunas directivas, al advertir estos déficits de la sociología, impulsan a conformar una sociología no reductiva, lo cual lleva a mayor esfuerzo con pobres resultados, pues no reparan en que la sociología debe supeditarse a la ética y ésta a la antropología.

Otros directivos universitarios encomiendan la tarea interdisciplinar a la *psicología*, pues su mismo objeto de estudio, que en la actualidad no es uno sino plural, está tomado de muchas otras disciplinas experimentales y humanas. También esta tendencia se da en las empresas. Pero precisamente debido a la multiplicidad de temas y métodos con que la psicología actual trabaja su legado no puede ser sino un sincretismo. No obstante, el sincretismo no es solución. Los psicólogos que advierten este derrotero de su quehacer y no están dispuestos a incurrir en la perplejidad surgida de mantener varios pareceres inaudables, recurren a refugiarse en una escuela psicológica determinada, tan especializada y divergente, que apenas tiene que ver con las otras. Pero el remedio parece peor que la enfermedad, pues si se trata de aunar los diversos saberes universitarios, con ese nuevo camino emprendido el psicólogo no puede ni siquiera aunar las diversas hermenéuticas psicológicas.

Los ejemplos que preceden, entre otros, sirven para notar que hoy, en la universidad, no se acaba de advertir que las ciencias son jerárquicas, cuál es su jerarquía, y qué saberes hay que supeditar a otros. En rigor, lo que falta es, pues, teoría del conocimiento. La teoría del conocimiento es sistemática porque es axiomática. En cambio, cualquier otro intento interdisciplinario no es sistemático. Por ejemplo, es obvio que ni la sociología ni la psicología son sistemáticas. En cambio, si lo pueden ser la ética y la antropología. Pero la ética y la antropología, para atender al método y tema de las demás ciencias, requieren de la teoría del conocimiento.

### **¿Problema o reto?**

La falta de relación personal entre los profesores de la universidad provoca el aislamiento, impide la interdisciplinariedad. La socorrida ex-

cosa para la carencia de trato suele ser la falta de tiempo. Pero es claro que todos ellos dedican mucho tiempo a su especialidad, lo cual indica que, al menos implícitamente, piensan sacar más rendimiento en el trabajo en solitario que en el trabajo en común. La falta de interdisciplinariedad es un problema, pero toda dificultad debe verse como un reto, puesto que ninguna carece de solución. Con todo, el remedio no se puede alcanzar con sólo denunciar el problema, ni uniendo los diversos saberes de modo arbitrario o vinculando al azar a los distintos investigadores.

A las ciencias no hay que unir las horizontalmente, porque su distinción es vertical. Se ha indicado que esa verticalidad se puede medir por la teoría del conocimiento, pero también de otro modo, porque cada ciencia es un modo distinto de conducta humana frente a la realidad. En cada uno de esos comportamientos el investigador se halla más o menos comprometido humana y personalmente. Ahora bien, ninguna ciencia positiva o humana particular dirime acerca del mayor o menor compromiso humano. Eso sólo se mide desde la ética y la antropología. Por tanto, son éstas las encargadas de discernir entre unas y otras ciencias.

Ninguna ciencia, ni teórica ni práctica, es fin en sí –se ha adelantado–, sino que es medio. Ahora bien, lo característico del medio es que lo es en orden a algo superior. En efecto, todas las ciencias dicen referencia. Si se estudia esa remitencia, es posible aunar las ciencias entre sí, es decir, es factible la interdisciplinariedad. Lograrla es lograr la sistematicidad. Ésta debe ser posible, porque en el hombre todo es sistémico: lo es su organismo y sus funciones, lo son sus movimientos, acciones, y facultades; lo son los actos, hábitos y virtudes de sus potencias superiores... También lo es el universo. Por tanto, si la realidad, tanto humana como extramental, es sistémica, ¿por qué no lo va a ser la comprensión científica de ella? Si el saber acerca de la realidad no está siendo sistémico sino aislado, ¿no será por falta de saber? Se objetará a esta cuestión que con las ciencias particulares de que se dispone se sabe mucho sobre un punto concreto. Ahora bien, cabe seguir preguntando: ¿es esa la forma más alta de saber?

También el hombre como persona, es decir, en lo más neurálgico o distintivo suyo, es vinculado, pues es *coexistencia* con personas distintas, ya que persona indica apertura o relación personal. Por eso ni cabe que exista una persona sola ni ésta sería comprensible. También por eso la manifestación social básica de esa coexistencia personal es el matrimonio y la familia. Es claro que no cabe ni matrimonio ni familia de uno a solas y consigo mismo. A la par, es una propiedad esencial de la familia la educación, y es claro que ésta no se logra en solitario. Y lo mismo hay que decir de las demás dimensiones unitivas básicas de lo social, la universidad y la empresa: éstas son imposibles con un solo investigador o con sólo un

empresario. Pues bien, si a todo lo personal y humano lo caracteriza la unión, ¿no será que las ciencias se aíslan cuando devienen impersonales e inhumanas?

Lo social es sistémico. Los diversos trabajos y ocupaciones de los hombres están entrelazados. Como advirtió Aristóteles, unos están en función de otros, es decir, unos son fin de otros: (cfr. *Ética a Nicómaco*, I, 1). También los productos culturales que el hombre produce los fabrica de modo que dicen referencia unos a otros. Así, un bolígrafo dice relación a un papel plano, y éste a una superficie llana en que apoyarlo para escribir... Cuando uno de estos medios culturales se aísla de los demás pierde su utilidad y se transforma, a lo sumo, en una pieza de museo. Aunque las ciencias, antes de fabricar productos culturales, son saberes inmanentes en el hombre, y por eso deben estar interrelacionadas, porque los niveles noéticos humanos lo están. Si se escinden unas de otras, no es en virtud del modo de ser del conocimiento humano, sino en virtud de otras injerencias (voluntarias, subjetivas) que las separan.

En suma, la interdisciplinariedad, más que como un problema debe ser considerado como un reto, pues por lo indicado se manifiesta que es susceptible de solución. Tal vez ésta no sea fácil de conquistar, pero es alcanzable. Para ello debe descubrirse la superior o inferior hegemonía de las ciencias y la consecuente subordinación entre sí. No es nuestro cometido en este tema ofrecer la vinculación concreta de los distintos saberes humanos (vertiginosa tarea que, obviamente, desborda este marco), sino indicar por dónde van las pautas de averiguación. Por lo demás, ya se ha indicado cuál es el peor enemigo que tiene este empeño: el refugiarse en sostener que los saberes son simplemente 'distintos'. Mientras no se evite esa igualación, que por mor de no herir susceptibilidades y tender a una tolerancia mal entendida pretende homogeneizar todo saber y toda opinión, no habrá manera de edificar en orden a la interdisciplinariedad. De otro modo se podría decir que ésta no es factible mientras se tenga miedo a descubrir y manifestar las verdades tal cual son, las cuales de ninguna manera valen lo mismo.

Una vez descubierto el nivel de las diversas verdades, éste se debe proponer, no imponer, porque la verdad no es enemiga de la libertad, sino precisamente su norte y garantía. Por eso la universidad es lo más opuesto al fanatismo, a las 'políticas' ayunas de verdad que esclavizan la libertad. Debido a la libertad personal la consistencia de la universidad no está garantizada, pero es conveniente que los integrantes de la universidad (en especial los profesores) sepan orientar su libertad hacia la verdad, pues sólo si dejan de temer la verdad venga de donde venga, en su irrestricta graduación, la universidad llegará a ser una realidad, es decir, una libre vinculación de esfuerzos jerárquicamente ordenada en orden

a descubrir más verdades, subordinando las menores a las superiores y todas a la Verdad.

### **La requerida falta de equilibrio**

No es conveniente que en la universidad se dé el equilibrio, en el sentido de que sus componentes se conformen con lo logrado, es decir, que no se lancen hacia nuevos proyectos, porque entonces la universidad es una manifestación social que no responde al carácter interno del hombre, el cual es un ser creciente, perfectible, optimizable. El equilibrio en la universidad puede indicar falta de confianza entre sus miembros, pues en esa tesitura nadie se atreve a proponer nada, no vaya a ser que lo pongan en entredicho. En algunas universidades rige un equilibrio de poderes al estilo del propio de los partidos políticos, es decir, una actitud que busca el poder por el poder, es decir, como fin en sí, y cuando no se obtiene por mayoría absoluta, se procede a su reparto: lo que le toca a uno, no lo tiene su opositor, y viceversa. No obstante, cuando hay falta de confianza, nadie se fía de nadie, y entonces el bien común, en el caso de la universidad se trata de descubrimientos veritativos superiores, no comparece, porque es excepcional que los grandes hallazgos los descubra un solo investigador. En la universidad en que no rige la confianza, a la fuerza se da una falta de paz y sosiego, lo cual se manifiesta en falta de buenas publicaciones, pues sólo con paz cabe investigar y descubrir más verdad, ya que quien está preocupado por otros intereses prácticos (cabría llamarlos de 'política universitaria') difícilmente logra centrar la atención.

La vigencia de la universidad no está asegurada: si no avanza, retrocede. Unas llegan a ser mejores; otras devienen peores e incluso desaparecen. A la universidad, como manifestación humana que es, le ocurre lo que al hombre: o crece o mengua; o va a más o acaba perdiendo su índole. El hombre se deshumaniza cuando pierde la unidad de vida. La universidad se '*desuniversitariza*' cuando sus saberes se escinden. El hombre no crece cuando se cierra, cuando considera que su vida ya está lograda. La universidad detiene su progreso cuando sus representantes se duermen en los laureles. El lema a hacer suyo tanto por parte del hombre como de la universidad debería ser algo así como: "cualquier éxito es siempre prematuro". La universidad sólo se puede desarrollar con el trabajo constante y concienzudo de sus profesores. Por eso el profesor universitario no puede ser un advenedizo, sino de tiempo completo y de mente enteramente dedicada. También por ello, en una universidad, el empresario, es decir, quien invierte lo que está a su disposición en el saber superior, no son ni los directivos, ni los servicios, ni los alumnos,

sino los buenos profesores, los cuales, si no son investigadores, dejan de ser buenos profesores.

El desarrollo humano debe ser armónico o sistémico; también el de la universidad. La universidad que lo es manifiesta bien la índole humana. El hombre es un ser de proyectos porque él mismo es un proyecto como hombre, el cual nunca está concluso mientras vive. La universidad es un gran proyecto muy a largo plazo, de centurias. Por eso tanto el hombre como la universidad deben mirar más al futuro lejano que a las tendencias actuales que la moda ofrece. El hombre siempre es perfectible; la universidad también. El hombre se perfecciona en diversos niveles: sobre todo en su intimidad y en sus facultades superiores. La intimidad personal humana crece en especial por elevación divina; sus facultades más altas, inteligencia y voluntad, mediante hábitos y virtudes. Derivadamente, la formación de la universidad debe estar orientada a formar buenos ciudadanos, es decir, hombres virtuosos, y por encima de eso, buenas personas (en rigor, santos). Pero no caben ni hombres virtuosos ni santos sin verdad, y las que se requieren en quienes conforman la universidad no son ni pocas ni pobres.

Es evidente que una universidad que vive las virtudes producirá unas líneas culturales que no son iguales a las de otra que no las vive. Ahora bien, no es nada fácil medir las virtudes, y menos aún la optimización íntima de las personas. Lo que sí está claro es que no cabe virtud sin verdad. Tampoco cabe optimización interior sin descubrir la verdad personal propia. En la universidad hay que incrementar de día en día la verdad, buscarla, amarla, manifestarla con fundamentación y amabilidad y defenderla con seguridad, actitudes que en modo alguno se pueden interpretar como fanatismo o dogmatismo. Es precisamente sectarismo, además de claro superficialismo, la actitud de considerar que tal actitud de defensa serena y fundada de la verdad es fanática o dogmática. Lo que pasa es que a algunos les disgusta oír la verdad, porque ésta tiende a neutralizar su soberbia y a poner coto a su sensualidad.

La pasión por la verdad, decía Hegel, es la más fría, y esa frialdad es el estado más conveniente para una pasión, pues las otras, cuando se enfrían desaparecen, mientras que la pasión por la verdad perdura. Por eso los razonamientos con los que se debe hacer valer la verdad no deben ser fogosos, sino serenos. San Josemaría escribió que “sólo cuando los hombres se acostumbren a decir y a oír la verdad, habrá comprensión y concordia” (*Carta*, 2-X-1939, n. 5). Por lo que parece, queda mucho camino por recorrer. La gente corriente tiene miedo de ahondar en la verdad. Pero esta actitud desdice mucho de un universitario. Con todo, no pocas veces se tiende a esconder la verdad en la universidad; unas, por cobardía; algunas, por comodidad; ciertas, por cortesía; otras, por

una supuesta caridad. Esta última parece ser una legítima excusa, pero el autor recién citado –que es buena autoridad al respecto– escribió en una ocasión: “yo agoté la verdad, sistema que pienso seguir siempre; antes no lo seguía, por una razón humana (educación, *politesse*), otra sobrenatural (caridad)... y un poquito de miedo a prolongar los malos ratos. Ahora me he persuadido de que la verdadera finura y la verdadera caridad exigen llegar a la médula, aunque cueste” (A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, II, Madrid, Rialp, 2002, 320). También de esta actitud queda mucho que aprender.

De no defender la verdad con ahínco, lo que se difunde en el centro académico es el confusionismo, mal de nuestro mundo. En suma, “renunciar a la verdad no sólo no soluciona nada, sino que se corre el peligro de acabar en una dictadura de la voluntad, porque lo que queda después de suprimir la verdad sólo es simple decisión arbitraria. El hombre que no reconoce la verdad, se envilece”. La universidad que se acostumbra a no aceptarla, primero decae y luego expira. Se puede añadir, con una cita del mismo autor, que “la Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas” (*Discurso*, en la U. de Navarra, 9-V-1974).

En la actualidad, en la universidad europea se tiende a esconder una verdad especial, la que se escribe con mayúscula. Por eso se pretende quitar la materia con que la universidad europea comenzó: la teología. Ahora bien, el mismo autor citado enseña que “un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología. Una Universidad de la que la religión esté ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye –sino que exige– las demás dimensiones” (*Conversaciones*, n. 73). Nótese que el autor llama a dicha formación “fundamental”, lo cual indica que es superior a otras; repárese también en que añade que “no excluye –sino que exige– las demás dimensiones”, lo cual indica que es capaz de aunarlas ordenadamente, lo que delata que sólo en orden a ella las demás son susceptibles de crecimiento, de no permanecer en equilibrio homeostático.

### **La universidad como sistema libre**

Un sistema libre es el que no está ceñido a un estado de equilibrio permanente, ni está tampoco determinado de modo necesario a crecer o

menguar, sino el que es susceptible de aprendizaje asimismo libre. Ahora bien, por libre, el aprendizaje puede ser positivo o negativo. La universidad es un sistema libre, porque no tiene asegurado ni el éxito ni la pervivencia. Por eso, a unas universidades las caracteriza la decadencia y a otras la prosperidad.

La decadencia o prosperidad universitarias no se miden por los bienes materiales de que dispone un centro universitario. Tampoco por la cantidad de profesores, alumnos, facultades, u otras personas que en ella trabajan, sino por el nivel de verdad que en ellas se descubre y el consecuente crecimiento en virtud humana y optimización personal de sus componentes. Si los miembros de una universidad no fuesen susceptibles de mejorar y empeorar, la ética estaría de más en la universidad. Si no fuesen capaces de personalizarse, la antropología sobraría. Pero como tanto en lo humano como en lo personal el hombre está diseñado para crecer, esas materias son un requisito imprescindible. Decaer no es necesario para una universidad; pero tampoco progresar. Ambas facetas dependen de la libertad humana, y ésta se fortalece mediante aquellas disciplinas. Como se puede advertir, la mejora que favorecen dichas disciplinas no es de recursos materiales; por eso, quien trabaja en una universidad no pone a éstos como fin de su tarea. Tampoco toma como fin la fama, la cual, aunque no es un bien material, no indica una perfección interna del universitario a la que dichas materias impelen.

Si se acepta lo que precede, cabe preguntar lo que sigue: si la universidad no favorece directamente el crecimiento en recursos naturales ni tampoco sociales, ¿qué concede? Convendría que auspiciara, sobre todo, el incremento interior humano en orden a la felicidad. Lo único que le hace feliz al hombre según su propio modo de ser es lo imperecedero, lo inmaterial. Y para aprender a ganar tales bienes la universidad es, después de la familia, la mejor escuela. De modo que quien pasa por la universidad en busca de títulos, honores, recompensas económicas, etc., pasa por ella como por un túnel, sin comprender a las claras su índole. Para el hombre no es irrelevante saber quien es, porque de saberlo o no está en juego su felicidad, y es claro que la antropología tiene algo que decir al respecto. Tampoco le es irrelevante el modo de conducirse en orden a buscar la felicidad, pues el comportarse de un modo permite acceder progresivamente a la felicidad, mientras que el hacerlo de otro aleja de ella, y es manifiesto que en esto la ética tiene la palabra. De modo que una universidad sin antropología carece de proyecto o fin, y sin ética carece de orientación a él.

De la consistencia familiar responde el amor personal. De la consistencia universitaria responden la ética y la antropología, a las que, para ordenar los saberes, ayuda -como se ha indicado-, la teoría del conoci-

miento. La antropología ayuda a reconocer al semejante como una persona novedosa e irreplicable cuya valía excede toda la riqueza que es común al género humano. La ética ayuda a reconocer que todo hombre es perfectible virtuosamente de modo irrestricto, y que esa perfección sobrepasa cualquier otra riqueza material o social. Cuando en la universidad, más que el reconocimiento ajeno y el ayudar en orden a su crecimiento, se ven contendientes y cada quien tiende a la búsqueda del propio interés, más que universidad, hay que hablar de individualidad, pues sólo se aúna lo múltiple. En rigor, la universidad, tras la familia, debe ser la mayor escuela de amistad, porque de quien hay que ser amigo es, ante todo, de la sabiduría.

El carácter sistémico de la universidad también se puede observar atendiendo a la división del trabajo de sus componentes: profesores, alumnos, directivos, administrativos, servicios... Unos están al servicio de otros, es decir, la clave de unos radica en servir a los otros. Así se emplean no sólo los servicios y el personal administrativo, sino también los directivos, si es que gobernar es un modo muy cualificado de servir. Todos ellos están al servicio de los profesores. Se podría pensar que los profesores deben estar al servicio de los alumnos. Así es como se considera en muchos casos en la actualidad. Pero de ser eso así los protagonistas de una universidad serían los alumnos. ¿Es eso así? Para responder conviene preguntar si cabe la posibilidad de que exista una universidad sin alumnos. La respuesta es afirmativa, aunque tal tesis no es usual. En cambio, no cabe universidad sin profesores, si por éstos se entiende investigadores que colaboran entre sí en orden a descubrir más verdad. Por su parte, los profesores son los que más sirven al fin de la universidad: la verdad. El fin de la universidad es la verdad, no la docencia, que es siempre segunda respecto del descubrimiento de más verdad.

### **Motor del cambio**

Si la universidad es un sistema libre, está en función del cambio a mejor. El cambio a mejor comporta novedad, aunque no todo cambio la conlleva, pues se puede cambiar para adoptar formas ya establecidas, probadas e incluso obsoletas. Por eso la universidad es tan importante, porque es un motor importante del cambio. El agente más radical del cambio social es la familia, porque en ella se generan las mayores y superiores novedades posibles: las nuevas personas. La empresa también genera novedades: nuevos productos culturales, que son mejores en la medida en que mejor sirven al bien común. A medio camino entre ambas están las novedades que origina la universidad, porque entre las realidades personales eternizables y los productos culturales caducos, median las verdades inmateriales y permanentes.

El cambio es difícil sin cooperación, sin comunicación. Nótese que en la universidad se acumula el saber superior hallado por multitud de investigadores de tiempos precedentes. Uno sólo no puede descubrirlo todo. Aristóteles decía que en lo práctico cuatro ojos ven más que dos. En lo teórico suele ser diferente, porque a veces dos ojos ven más que dos mil. Con todo, no es bueno que 'cada mochuelo esté en su olivo', es decir, separado del común quehacer, sino que se entable la cooperación entre los investigadores, porque a raíz de lo que uno descubre otro puede tener nuevas ocurrencias. La clave de la sociedad no es la economía, la biología, la suficiencia de productos de primera necesidad, de productos culturales, etc., sino la integración de los diversos hombres en orden al crecimiento del bien común. La universidad, pequeña parcela de la sociedad, no es ajena a esa integración y finalidad, sino uno de sus motores. La sociedad es interrelacional y la universidad también, porque sus protagonistas, las personas, son relación.

Se ha aludido al cambio, pero cabe preguntar: ¿cambiar en orden a qué?, porque cambiar por cambiar no parece tener excesivo sentido. Si en una universidad rige el método analítico, es claro que cada ciencia descubrirá más verdades particulares en su propio ámbito temático. Tales descubrimientos supondrán, indudablemente, ciertos cambios. Con todo, cabe cuestionar si esos cambios son suficientes para el hombre, puesto que el hombre es el fin de las ciencias y no a la inversa. Platón decía que es señal de poca inteligencia tener pluralidad de ideas sin ser capaz de aunarlas, asunto que él buscó hasta el fin de sus días y que no acabó de lograr, a tenor de lo expuesto en sus últimas obras. Para Aristóteles la clave del saber está en la síntesis, en decir más con menos palabras. Recuérdese que sus escritos son tan telegramáticos como profundos. Tomás de Aquino, Fichte y Hegel fueron del mismo parecer, es decir, sostuvieron que es señal de poca lucidez mental matizar todo sin ir a lo esencial o neurálgico. Lo que precede indica que supone mayor novedad lo que se descubre mediante el método sistémico o reunitivo que lo que se desvela mediante el analítico.

Tenemos demasiados descubrimientos prácticos singulares facilitados por las ciencias experimentales y abundantes hallazgos particulares ofrecidos por las ciencias humanas, pero no estamos tan versados en aunarlos. Seguramente no los aunamos porque no subordinamos esos hallazgos al ser humano; es más, no pocas veces subordinamos el ser humano a ellos. Ahora bien, para subordinar cada verdad singular de la realidad externa al hombre, debemos desvelar las diversas dimensiones jerárquicas de lo humano, para ver a cuál de ellas hay que vincular dichas verdades. Por aquí se entrevé que el fin de las ciencias es el hombre. Por tanto, que no cabrá aunar las diversas ciencias sin estudiar el ser humano

y subordinar lo propio de aquéllas a lo distintivo de éste. Por su parte, tampoco el hombre es fin en sí. Por tanto, habrá que vincular a los diversos hombres en orden a su fin, para que puedan alcanzar la novedad por excelencia. Ahora bien, si –después de la familia– la universidad no se ocupa de llevar a cabo esa unión ¿quién podrá fomentarla?

El mundo físico y humano es susceptible de cambios porque el hombre también lo es, y lo es porque en su raíz personal es incesante cambio positivo, a menos que uno no se acepte como tal, en cuyo caso el cambio se invierte de signo y aparece el decrecimiento progresivo hasta la extenuación. Donde apunta el cambio neurálgico e incesante del ser personal humano es a su Creador. De modo que si el hombre se vierte sobre los cambios externos sin reparar en su raíz interna, notará que no puede agotarse en los descubrimientos sobre el mundo. Advertirá también que, dada la complejidad de las verdades externas, sin un centro respecto del cual dirigir las, la vinculación de aquéllas –la interdisciplinarietà– es problemática. Como su propia verdad no aflora en las verdades que descubre, no sabe a dónde ir con ellas, lo cual no sólo le produce insatisfacción, sino perplejidad.

## Colofón

Tomás de Aquino decía que los requisitos de la prudencia son múltiples: la *memoria* respecto de multitud de realidades logradas; la *inteligencia* penetrativa ante la índole de la realidad; la *docilidad* para recibir la disciplina; la *solercia*, sagacidad o perspicacia, es decir, el estar bien dispuesto para adquirir por sí mismo una recta estimación; la *razón* o cuidado en el proceso deliberativo para destacar la alternativa mejor, más oportuna y factible entre todas las que se nos ocurren; la *providencia* (ver antes), que es la más relevante para la prudencia, y que proyecta el fin que se quiere conseguir de la acción humana; la *circunspección* o mirar alrededor para atender a las múltiples circunstancias de tiempo, lugar y modo; y la *precaución* o cautela respecto de las cosas que se usan, para tomar las buenas y evitar las malas. Si ya para acertar en un fin concreto del uso práctico de nuestra razón hay que reunir tantas dimensiones humanas, para algo tan serio como es el acertar en el fin de la vida humana, habrá que reunir mucho más.

En el fondo, para dar con el fin de la vida humana, y también de la universidad, hay que reunir la entera realidad, incluido uno mismo, y ordenarla en orden al fin último. Ahora bien, de seguro que éste no es el objeto directo de ninguna ciencia particular, sino que parece tener más que ver con los saberes filosófico y teológico. Desde este punto de vista la filosofía se puede describir como la integración por parte de una nove-

dad personal de las nuevas verdades de las ciencias en orden al *Novum* por antonomasia. Es, por tanto, la actividad en la que la persona está enteramente comprometida y con la que entronca los saberes interdisciplinariamente en orden al fin de ellos, que es la misma persona, y en vistas al fin de sí, que es Dios, vinculación que refuerza la teología. De ejercer adecuadamente estas actividades es de esperar que se garantice que la universidad lo sea.